

# GACETA MÉDICO-VETERINARIA

REVISTA SEMANAL

AÑO VII.

Martes 7 de Octubre de 1884.

NÚM. 307.

## SUMARIO.

Advertencia núm. 8.—*Sección editorial*: Medios de evitar la inmoralidad profesional y faltas de compañerismo.—Resistencia de los bacteridios á las causas de destrucción.—*Sección del Congreso*.—*Sección científica*: Ensayos sobre la trasmisión de la sífilis al cerdo (continuación).—Historia clínica: Caso de carbunco en la región inguinal de un toro, terminado por la curación.—*Sección especial de intrusos*.—*Miscelánea*.—Anuncios.

## ADVERTENCIA NÚM. 8.

Las repetidas cartas de muchos y dignísimos profesores que se dirigen á esta redacción solicitando que no publiquemos la lista de deudores que desde hace tantos días está en la imprenta de nuestro periódico, deben ser atendidas.

No saldrán, pues, á luz los nombres de todos los morosos, sino simplemente los de aquellos que no nos han escrito justificando sus atrasos ó deban más de 5 pesetas por su suscripción.

Esta resolución está fundada en un principio de equidad y de justicia, y por lo tanto la llevaremos á cabo en el próximo número.

## SECCION EDITORIAL.

MADRID 7 DE OCTUBRE DE 1884.

**Medios de evitar la inmoralidad profesional y faltas de compañerismo.**

Al llegar al sexto artículo marcado en nuestro programa, quisiéramos pasarlo por alto sin ocuparnos de desarrollar el

tema que constituye este epígrafe. No hay punto que sea más amargo de tratar, ni tal vez más difícil en su resolución.

Pero como es imprescindible escribir sobre ello y habrá necesidad de limar en parte las asperezas que surgirán en el discurso de su desarrollo, nos proponemos no hacer historia, sino solo algunas consideraciones generales sobre ella, á fin de ir directamente al asunto, sin tocar los perjudiciales escollos que presentan las cuestiones personales, motivo el más poderoso de los males que deploramos.

Una verdadera infección existe en la clase veterinaria que parece llamada á extinguirla completamente, ó cuando menos, á desatar sus lazos de unión, de tal modo que quede disgregada y entre los síntomas de perdición y de ruina.

Esta lucha, este desorden del que no dan ejemplo ninguna de las clases científicas, tiene, á nuestro juicio, dos fundamentos primordiales: el uno es por desgracia muy comun en todas las clases sociales; el otro, si no exclusivo de la veterinaria, resplandece en ella, no como la luz de una lámpara suave, sino como el efecto fulgurante de un relámpago amarillo en un desierto árido y peligroso.

El martirio y la muerte más dolorosa fueron el premio que alcanzó Cristo por su predicación divina. Él nos abrió las puertas del paraíso cerradas siempre, desde miles de años, á una sociedad corrompida que, sin comprender sus verda-

deros intereses, se destruía y aniquilaba en vanas luchas y crueldades sin cuento. Mas aparte de lo que resolviera el Salvador acerca de la vida eterna, son tantos sus ejemplos, tantas sus muestras y tantos los modelos que presenta cuando enseña á los hombres las ventajas de la fraternidad, que cerrar los ojos á la luz de su doctrina es negar la del sol que nos alumbraba, ó preferir las sombras de la noche á las grandezas de una aurora riente y sonrosada.

«Amaos los unos á los otros.» «No queráis para otros lo que no queráis para ustedes»: estos principios de moral purísima parecen haber resonado desde el principio del mundo en el pecho de los hombres, y hasta están consignados en infinitos libros de otras religiones, que no son la católica, porque estas ideas constituyen un elemento racional de comodidad y de sosiego, de bienestar y de tranquilo placer, que hicieron exclamar á Franklin, el gran legislador del Norte de América: «¡No saben los pillos lo que se pierden con no ser hombres honrados!»

Peró Jesucristo no se contenta con que nos amemos mucho, ni con que disimulemos nuestras faltas, ni con que ejerzamos todas las obras de misericordia, sino quiere más, y su deseo lo manifiesta completando las palabras bíblicas en esta forma:

«Amaos los unos á los otros, como yo os he amado.»

Si las lágrimas saltan de nuestros ojos al escribir esto, ¡dejad que corran y escalden nuestras mejillas! Porque ante la grandeza de este precepto, ¿cuál es el corazón que no se rompe y se abre á la consideración de la sublimidad inconcebible que encierran? ¿Qué términos tiene el hombre para expresar lo maravilloso y mil veces augusto de esta fórmula, la más perfecta, la más absoluta, la más divina de la felicidad y del amor?

No es suficiente, dice el mártir del

Gólgota, que os ameis; es necesario que ese afecto sea tan grande como el que yo os he tenido, es decir, que llegue al sacrificio y á la muerte, si necesario fuere.

La infinita grandeza de esta verdad, hace diez y nueve siglos que fructifica en los santos, los sábios y los héroes, y no se crea que solo en el claustro y en la ermita, porque ella es el fundamento de las nuevas civilizaciones; y es más (aunque esto asombre á los descreídos), el fundamento también de la ciencia moderna y de todos sus inventos y perfecciones. El amor á la humanidad inspiró á Wals la locomotora, que recorre con rápido vuelo las distancias; el amor á la humanidad descubrió á América; ese mismo afecto abrió el misterioso horizonte de la anatomía, de la física, del derecho, que navegaba en el caos de vanas fórmulas; ese amor nos arrastra á ser veterinarios, puesto que indirectamente favorecemos á nuestros semejantes, y esa expresión sublime fué quien hizo el telégrafo; como si el hombre, ansiando favorecerse, encontrara en la distancia un obstáculo para llegar con la velocidad de su deseo, al eterno abrazo que prescribía el que tuvo por palacio un portal, y por trono dos maderos ensangrentados.

Los que duden de la grandeza y perpetuidad de esas palabras eternas, recuerden el hecho más asombroso de la ciencia en este siglo:

El *Leviatan* había zarpado de Londres llevando el cable trasatlántico que iba desarrollando bajo las ondas. Los Estados-Unidos esperaban con ansia el extremo de aquella cinta de tres mil leguas, que iba á unirlos con el viejo continente. El monstruoso buque llegó á la bahía de San Lorenzo, y entonces, al unirse el cable á las pilas eléctricas que lo esperaban, aquellos hombres llenos de leal entusiasmo, lanzaron por primera vez por debajo del Océano las

mismas palabras con que los ángeles saludaron la venida de Jesucristo: «Gloria á Dios en las alturas...» y respondieron los ingleses completando la frase: «Y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad...»

Paz y armonía predicaba nuestro Señor. «La paz sea con vosotros», era su salutación ordinaria. La fraternidad, el cariño de hermano; hé aquí la base de nuestra dicha en este mundo.

¿A qué ese afán de olvidar todo esto? ¿Será acaso que no se sabe? ¿Será que los sublimes principios de la moral corresponden solo á los que estudian?

Si es así, ¿por qué no corremos todos hácia la cátedra y hácia los libros? Desgraciadamente nuestra clase no se ocupa en general de una idea que, no perteneciendo al terreno de lo maravilloso, es por sus condiciones tan práctica, que no cabe el desconocerla más que á aquel que estuviera privado de la razón.

La ciencia es, si no la base, el mejor de los alimentos que pueden utilizarse para alcanzar la moralidad de los actos. Los cadalsos, los presidios, las tabernas, los inmundos tugurios, son el lugar de la ignorancia, el templo en donde habita, donde desarrolla sus pasiones y sus desórdenes. Las Academias, las Universidades, las Escuelas, la casa honrada, el ejercicio de la ciencia, los lugares en donde resalta el amor, esos, esos son los templos en los que vive la paz y la sabiduría.

Concluyamos este artículo, que es inútil á la clase veterinaria. Cuanto hemos dicho sobre el temor de que ella diere ejemplo, de desuniones y antipatías, es una mera hipótesis; pero si alguien, si algun desdichado pensara de otro modo y sirviera de pábulo al demonio de las pasiones, no olvide la frase del Hombre-Dios, y recapacite un momento en que la verdadera dicha está en amarnos los

unos á los otros, como Él nos ha amado.

Como asunto de actualidad, y con el deseo de dar á conocer la opinión de un distinguido profesor veterinario sobre la palpitante cuestión de los desinfectantes, publicamos hoy el siguiente trabajo debido al reconocido talento del distinguido presidente de la Liga de veterinarios de Gerona, D. Juan Arderius, congratulándonos de que nuestros compañeros tercién en los debates á que ahora se entrega la ciencia médica, sobre el medio de destruir y hacer desaparecer los habitantes de ese mundo microscópico que son, á pesar de su pequeñez, el elemento más perturbador del organismo humano, lo mismo que del de muchos animales utilísimos al hombre.

No necesita elogios el Sr. Arderius, pero tampoco podria encontrarlos más ingenuos que aquellos que le dicte su conciencia al considerar los beneficios que rinde con su talento á la clase veterinaria.

#### Resistencia de los bacteridios á las causas de destrucción.

Con motivo de la actual presentación del *cólera-morbo* en Francia, Italia y España, háse iniciado en estos últimos días una lucha colosal entre dos eminentes médicos de Madrid, el Dr. Letamendi y el Dr. Olavide, sobre la *resistencia vital de los bacteridios á la acción de los desinfectantes*.

Como asunto de interés palpitante y dada la universal reputación de eminentes médicos de que gozan los dos contrincantes, no es extraño que hayan conseguido, desde el primer momento, llamar sobre sí la atención de todo el mundo, lo mismo de los que por la especialidad de sus estudios ó de su profesión, se ven obligados á entenderse y casi connaturalizarse con esa inmensidad de pequeñísimos seres que de continuo minan nuestra existencia por galerías distintas, como las de los que se aterrizan de espanto, al solo anuncio de la existencia de un ser invisible capaz de ocasionarnos una muerte rápida.

El Dr. Letamendi, bajo la garantía

que le dá su mucho saber, afirma, en una carta que dirige á D. Francisco Alonso Rubio, vicepresidente del real Consejo de Sanidad, que el *bacterium tormo*, el *diplococcus cadavericus*, el *bacteridio carbunculoso* (en cultivo atenuante), el *diplococcus* de la roseola de los cerdós, el *bacillus phimatogenus* ó de la tisis, el *bacterium úreo* y algunos otros de menor importancia, no mueren por la accion de las sustancias siguientes:

El fenol, ó ácido fénico puro cristalizado, solucion acuosa al 1 y 2 por 100.

El mismo, en soluciones incompletas en frio, ó emulsiones al 5 y 10 por 100.

Las mismas soluciones anteriores auxiliadas ó completadas á favor de unas gotas de alcohol.

El ácido fénico líquido (por delicuescencia natural con alteracion de su constitucion química) á la dosis de 10 gramos del reactivo puro por 2 de orines corrompidos ó de putrilago de carne, es decir, al *ciento por veinte*.

El timol, ó ácido tímico puro amorfo.

El ácido salicílico: solucion al 1 por 2.000 y al 1 por 1.000.

El alcohol alcanforado.

La cal.

La legía de sosa cáustica y barrilla, á un 10 por 100.

El ácido pirogálico: solucion al 10 por 100.

El amoniaco puro.

El sulfidrato amónico puro.

El sulfato ferroso al 20 por 100.

El sulfato de cobre: disolucion saturada en frio.

La esencia de trementina pura.

El cloruro mercúrico: disolucion saturada en frio.

El ácido bórico: 4 por 100.

El ácido picrico: 1 por 100.

El ácido picrico obtenido por trasformacion del ácido fénico mediante cantidad suficiente de ácido nítrico.

El cianuro potásico: solucion acuosa al 4 por 100.

El picro-cianuro potásico: solucion acuosa al 4 por 100.

El picrato de amoniaco puro.

El permanganato de potasa: solucion acuosa al 5 por 100.

El ácido arsenioso: solucion acuosa en frio al 1 por 100.

El iodo y el bromo.

Los ácidos sulfúrico, nítrico y clorhi-

drico: soluciones acuosas respectivas al 1 por 100.

El agua régia pura.

El nitrato de plata: solucion acuosa á saturacion en frio.

A estas pruebas experimentales, resultado de minuciosos estudios del doctor Letamendi en su laboratorio particular, contesta el Dr. Olavide con otras pruebas tambien experimentales verificadas en el laboratorio oficial del hospital de San Juan de Dios, de que es Director, resultando de ellas que matan los microbios:

El ioduro mercúrico, 1 por 10.000 de agua.

El agua oxigenada, 1 por 8.000 de agua destilada.

El cloruro mercúrico, 1 por 5.000 de agua.

El thimol, 2 por 100 de agua alcoholizada,

El ácido fénico, 4 por 100 de agua alcoholizada.

El iodo, 1 por 1.000 de vino.

La resorcina, 3 y medio por 100 de alcohol.

El ácido salicílico, id. id.

El sulfato de cobre, 2 por 100 de agua.

El gas hiponítrico, 2 por 100 de aire.

El gas sulfuroso, 4 por 100 de aire.

Ahora bien; ¿cuál de los dos lleva la razon; cuál de los dos ha conseguido la verdad? Si hemos de atenernos á lo que han obtenido otros experimentadores, en lo que al *bacteridio carbunculoso* se refiere, ni uno ni otro en absoluto.

Para demostrarlo, y para que los lectores de la GACETA MÉDICO-VETERINARIA puedan tener más copia de datos para juzgar mejor en un asunto de tan trascendentales conveniencias, vamos á recoger los obtenidos por MM. Arloing, Cornevin y Thomas, cuyos profundos estudios sobre el *bacteridio carbunculoso* ó carbunco sintomático, les dá una competencia en el estudio especial de los microbios que nadie puede negar.

Está probado que unos microbios específicos, al estado de micelio y de esporos, son los agentes exclusivos del carbunco, ya que existen por millares de millares en los tejidos de los enfermos. Estos micro-organismos sufren trasformaciones especiales cuando por medio de las manipulaciones que hacemos en los cadáveres, ó por la putrefaccion de

los mismos, se les deja en estado libre; unas veces mueren, desecándose rápidamente, y otras se depositan vivos en la tierra y en las aguas.

De aquí nacen tres cuestiones capitales y de grandes consecuencias prácticas para la higiene y la patología. La primera, la de conocer cuánto tiempo conservan sus propiedades; la segunda, en qué estado las conservan, y la tercera, si pueden ser destruidos rápidamente.

MM. Arloing, Cornevin y Thomas, para llegar á la solución de tan difíciles problemas, examinan el virus del cadáver de un individuo recién muerto, en estado fresco y acabado de sacar del cadáver, y después de haber pasado un tiempo variable, y determinan las propiedades que adquiere el virus bajo la influencia del frío, del calor seco, del calor húmedo, de la putrefacción y de diversas sustancias y agentes químicos.

Para probar la primera influencia, es decir, la del frío, citan un experimento hecho en el riguroso invierno de 1880 á 1881, que demuestra cómo obra el microbio después de su congelación.

Con los músculos de un carnero que acababa de morir de carbunco sintomático, prepararon un líquido muy virulento, lo congelaron, y ya vuelto al estado líquido, lo examinaron con el microscopio y observaron, que los microbios conservaban su movilidad natural; inocularon después cinco gotas de este líquido á un conejo de India, y murió á las doce horas, presentando un tumor carbuncoso.

La acción del calor varía, según que obre sobre el virus sea húmedo ó seco, ó según que el virus sea fresco ó desecado.

Si se encierra virus fresco en un tubo y se tapa después con la lámpara, colocándolo luego en una estufa, se vé, por una serie de inoculaciones, que hasta los 65° el calor no produce efectos bien apreciables, á lo menos no continuándose aquel calor más allá de 10 á 30 minutos. Inoculando este virus muere el animal inoculado á las treinta horas.

Más allá de los 65°, la muerte de los conejos inoculados está en relación directa con la duración del calor, y si en lugar de aumentar la duración del calor se aumenta el grado y se deja, por ejemplo, una hora en la estufa á 70°, la inoculación del virus ocasiona la muerte

de las 55 á las 65 horas, y si se llega á 80° durante dos horas, se destruye completamente la actividad virulenta, muriendo por consecuencia el microbio. En fin, si se coloca el virus en una estufa á los 100°, para destruir la vitalidad del virus, es preciso dejarle allí durante 20 minutos.

La simple acción del agua hirviendo sobre el virus fresco, no basta para destruir sus funestas propiedades, porque si se colocan, por ejemplo, 2 centímetros cúbicos de virus en el fondo de un vaso, y se echan sobre él 6 centímetros cúbicos de agua hirviendo, no le produce efecto alguno; pero si se sumerge en agua hirviendo por espacio de *dos minutos* un tubo cerrado lleno de virus, vuelve inactivo perdiendo sus propiedades infectantes, y quizás las preservativas.

La acción inmediata del aire caliente sobre el virus desecado, se comprueba esparciendo en capas muy delgadas sobre un cuerpo poroso, líquido de pulpa carbuncosa, el que se evapora y deseca rápidamente, y antes que se presente la putrefacción á una temperatura de 35°, el virus, así tratado, forma un residuo oscuro, en el que el microbio conserva toda su actividad, porque basta diluir un poco en unos cuantos centímetros cúbicos de agua, para obtener un líquido cuyos efectos no difieren en nada á los producidos por el virus fresco, con la particularidad que el virus en estas condiciones puede conservarse íntegro en sus propiedades, á lo menos dos años.

Puede además someterse este residuo á una serie de lavamientos sucesivos, hasta perder la materia colorante que contiene, y en este caso se obtiene después por desecación un polvo impalpable, blanco, que es tan activo como los líquidos frescos extraídos de los tumores. Cuando se expone en una estufa este virus así desecado, ya sea después de haberlo ligeramente hidratado ó después de haberlo mezclado con mayor cantidad de agua, la experimentación demuestra que es preciso mantener la estufa á 85° durante seis horas para obtener una disminución sensible de su actividad; pero que á pesar de esto, produce la muerte cuando se inocula á grandes dosis en animales muy sensibles.

Continuando durante el mismo tiempo el calor aumentado á 90, 95 y 100°, el

virus se debilita más; pero nunca es totalmente inerte; así queda demostrado por la experiencia siguiente:

Se deslió en una cantidad suficiente de agua un poco de pulpa sometida á 100° de calor durante seis horas, y con este líquido se inocularon dos conejos de India, uno de dos días, y otro adulto: al primero se inoculó medio centímetro cúbico de virus, y un centímetro cúbico al segundo, muriendo el joven y resistiendo el adulto, presentando aquel al día siguiente en el muslo un tumor de los más característicos.

Si se cierra en un tubo el virus desecado como el virus fresco y se mantiene en agua hirviendo durante una hora, la actividad que este perdió en dos minutos, la conserva, á pesar de tan prolongado baño. Para que el agua hirviendo anule las propiedades contagiosas del virus seco, es preciso que obre sobre él por espacio de dos horas.

El agua, ó un sitio saturado de humedad á la temperatura ordinaria, ejerce sobre el microbio una acción particular. Por el solo hecho de diluir un virus fresco en una gran cantidad de agua, se atenúa su actividad.

Cuando se mezcla con una pequeña cantidad de agua y se deja quieta, pronto los microbios bajan al fondo, haciendo inofensiva la parte superior del líquido en que están sumergidos: estos microbios pierden poco á poco su virulencia, pero de una manera extremadamente variable, debido tal vez á las sales que están disueltas en el líquido, de tal suerte, que mientras que no se ha conseguido resultado alguno con la inoculación del virus conservado 120 horas en el agua, otras veces, después de tres y más meses de sumersión, ha conservado su virulencia.

¿Los vibriones de la putrefacción, destruyen el bacteridio del carbunco? Parece que no, á lo menos durante seis meses, como lo comprueba la experiencia siguiente:

Se colocó al aire libre, por espacio de más de seis meses, en un vaso mal tapado, una porción de los músculos de un tumor del muslo de una ternera que acababa de morir del carbunco; pasado este tiempo, aquellos músculos reducidos á una masa putrefacta y de un olor insoportable, fueron examinados con el

microscopio, y se vió que hormigueaban los vibriones y bacterios de todas clases, y entre ellos el vibrión serpentiforme, característico de la putrefacción. Se emulsionaron con un poco de agua, haciendo pasar este líquido á través de un tamiz: de él se inocularon cinco gotas á un conejo de India, y murió á las 50 horas, presentando un tumor en el muslo. Para comprobar que este nuevo tumor era de naturaleza carbuncosa, y que el cobayo no había muerto de septicemia, inoculamos, con una pulpa hecha con él, á un conejo, este reactivo de la septicemia, y no dió resultado alguno.

No debe creerse por esto que con las materias putrefactas de un cadáver carbuncoso se obtiene constante y exclusivamente el carbunco. No, unas veces sus inoculaciones dan resultados completamente inofensivos; otras se obtiene con ellas simplemente la septicemia ó la septicemia y el carbunco á la vez. Es imposible prever el resultado que se obtendrá, como darse cuenta de la naturaleza de los microbios por el solo examen microscópico. Treinta meses después de la muerte de la ternera de que hablamos, las inoculaciones del líquido resultante de sus músculos putrefactos, han dado completamente resultados negativos, sin que esto signifique de una manera terminante que después de este tiempo se destruyan los bacterios carbuncosos, sino que todo lo más que de ello puede deducirse, es que, ó son pocos los bacterios que sobreviven ó que se atenuan en su virulencia, siendo necesarios una serie de nuevos cultivos para reavivarlos.

Del mismo modo que el microbio del carbunco sintomático vive al lado de la putrefacción, puede hacer lo mismo en presencia del *bacillus anthracis*, ya que la observación enseña, desde mucho tiempo, que en una misma localidad pueden reinar al mismo tiempo las diversas formas carbuncosas, como la experimentación demuestra que pueden desarrollarse en un mismo individuo la bacera y el carbunco del bacteridio.

Para comprobar la acción de diversos agentes químicos sobre la vitalidad de los bacterios, MM. Arloing, Cornevin y Thomas, se han entregado á largos y minuciosos estudios, porque conocida la potente resistencia de esos pe-

queños séres á los agentes atmosféricos, frio y calor, debieron buscar cuáles eran las sustancias á que debia recurrir el higienista y el terapéutico para destruirlos.

Colocados, en lo posible, en las mejores condiciones prácticas, han hecho obrar sobre el fermento carbuncoso un gran número de sustancias líquidas ó en disolucion, recomendadas para las inyecciones ó lavamientos antisépticos.

Estudiaron del mismo modo los gases ó las sustancias líquidas susceptibles de evaporarse espontáneamente, preconizadas para la desinfeccion de las habitaciones.

Actuando sobre virus fresco y virus desecado, han visto que la resistencia del virus desecado es mucho mayor que la del fresco y que toda la sustancia capaz de destruir la actividad del primero, solo debilita la del segundo.

En los estados siguientes se enumeran las sustancias que han empleado y los resultados que han obtenido MM. Arloing, Cornevin y Thomas, para la destruccion del bacterio obrando sobre virus fresco y desecado.

*Accion de las sustancias líquidas ó en disolucion sobre el virus fresco.*

**NO DESTRUYEN LA VIRULENCIA.**

Alcohol á 90°.  
Alcohol alcanforado (saturacion).  
Alcohol fenicado, á 1 por 200.  
Glicerina.  
Amoniaco.  
Acetato de amoniaco.  
Sulfato de id.  
Sulfhidrato de id.  
Carbonato de id.  
Bencina.  
Cloruro de sodio: saturado.  
Cal viva y agua de cal.  
Polisulfuro de calcium  $\frac{1}{2}$ .  
Sulfato de hierro  $\frac{1}{5}$ .  
Sulfato de quinina  $\frac{1}{10}$ .  
Borato de sosa  $\frac{1}{5}$ .  
Hiposulfito de sosa  $\frac{1}{5}$ .  
Acido tánico  $\frac{1}{5}$ .  
Iodoformo: disolucion alcohólica saturada.  
Iodoformo en polvo.  
Salicato de potasa  $\frac{1}{300}$ .  
Agua oxigenada.  
Cloruro de zinc.  
Cloruro de manganeso.  
Esencia de trementina.  
Alcanfor monoclorado: solucion alcohólica saturada.

**DESTRUYEN LA VIRULENCIA.**

Acido fénico: solucion acuosa á 2 por 100.  
Acido salicílico: á 1 por 1.000.  
Acido bórico: á  $\frac{1}{5}$ .  
Acido azótico,  $\frac{1}{20}$ .  
Acido sulfúrico: diluido.  
Acido clorhídrico,  $\frac{1}{2}$ .  
Acido oxálico: saturacion.  
Alcohol salicílico: saturacion.  
Sosa.  
Potasa.  
Agua iodada.  
Salicilato de sosa,  $\frac{1}{5}$ .  
Permanganato de potasa,  $\frac{1}{20}$ .  
Sulfato de cobre,  $\frac{1}{5}$ .  
Nitrato de plata,  $\frac{1}{1000}$ .  
Sublimado corrosivo,  $\frac{1}{1000}$ .  
Alcanfor biclorado: solucion alcohólica saturada.  
Cloral,  $\frac{5}{100}$ .  
Acetato de alumina,  $\frac{1}{200}$ .  
Acido picrico: solucion saturada.  
Neftalina: solucion alcohólica, á  $\frac{2}{100}$ .  
Acido benzóico,  $\frac{2}{100}$ .  
Esencia de Eucaliptus,  $\frac{1}{800}$ .  
Esencia de Thimol,  $\frac{1}{800}$ .

*Accion de los gases ó sustancias empleadas al estado de vapor sobre el virus fresco.*

**NO DESTRUYEN LA VIRULENCIA.**

Amoniaco.  
Acido sulfuroso.  
Cloroformo.  
Hidrógeno sulfurado.  
Ozono.

**DESTRUYEN LA VIRULENCIA.**

Bromo.  
Cloro.  
Sulfuro de carbono.  
Vapores de esencia de Thimol.  
Idem id. de Eucaliptus.

*Accion de las sustancias líquidas ó gaseosas sobre el virus desecado.*

**NO DESTRUYEN LA VIRULENCIA.**

Acido oxálico.  
Permanganato de potasa.  
Sosa.

**Gases ó vapores.**

Cloro.  
Sulfuro de carbono.  
Esencia de Thimol.  
Idem id. de Eucaliptus.

**DESTRUYEN LA VIRULENCIA.**

Acido fénico,  $\frac{2}{100}$ .  
Idem salicílico,  $\frac{1}{1000}$ .

Nitrato de plata,  $\frac{1}{1000}$ .  
 Sulfato de cobre,  $\frac{1}{5}$ .  
 Ácido clorhídrico,  $\frac{1}{2}$ .  
 Ácido bórico,  $\frac{1}{5}$ .  
 Alcohol salicílico saturado.  
 Sublimado corrosivo,  $\frac{1}{8000}$ .

*Gases ó vapores:*

Bromuro.

Estos resultados no tienen un valor absoluto, porque se han obtenido por la acción del contacto de la sustancia con virus por espacio de 48 horas, y es muy posible que una sustancia que ha sido impotente para debilitar el contagio por una acción continuada de dos días, acabe por destruirlo, si este contacto se prolonga 4, 5 ó 6 días. Esto sucede, por ejemplo, con la acción de los vapores de thimol ó de eucalipto sobre el virus desecado; al cabo de 48 horas de contacto, la inoculación de este virus contagia la enfermedad; á las 66 horas produce un tumor que permanece localizado, y del que curan los enfermos, y después de 100 horas, queda completamente ineficaz.

Se observan, desde luego, que muchas sustancias, preconizadas unánimemente como antisépticas, no producen efecto alguno sobre el virus, aun en estado fresco.

El alcohol puro, alcanforado ó fenicado, que los quirúrgicos emplean para lavar los instrumentos, no dan más que resultados filisóricos.

La cal, que los higienistas recomiendan echar sobre los cadáveres de los animales carbuncosos y para blanquear las paredes de los establos, se encuentra en el mismo caso: es verdad, que al hidratarse por el calor que desprende, destruye probablemente algunos microbios, los que se encuentran en la superficie y en contacto inmediato con ella; pero los que están á una pequeña profundidad, conservan toda su virulencia. Para comprobar este hecho, se han cortado los tumores carbuncosos en pedazos muy delgados, metiéndolos dentro la cal viva; triturados estos pedazos después de 48 horas de contacto, han dado un líquido de gran virulencia. Lo mismo sucede cuando se lavan con el salicilato de potasa.

El sulfato de quinina, tan recomendado en las afecciones palúdicas, ha sido radicalmente impotente para la destrucción del microbio carbuncoso.

El amoniaco, y todos sus compuestos, se encuentran en el mismo caso.

El sulfato de hierro y el cloruro de manganeso, que tanto se han recomendado para la desinfección de las fosas de putrefacción, dejan intacta la actividad de los despojos virulentos.

El agua de Saint-Luc, usada todos los días en los hospitales como desinfectante, no tiene acción alguna.

Una serie de experimentos han demostrado, con una constancia desesperante, que el ácido sulfuroso, gran destructor de algunos parásitos y virus que se crían en el organismo, no tiene influencia alguna en el microbio del carbunco del bacterio.

El cloro, el sulfuro de carbono, las esencias de thimol y de eucalipto, que también obran sobre el virus fresco, son impotentes en los virus secos.

Solo el bromuro, en estado de vapor, ha sido capaz de destruir el virus seco.

La esencia de trementina, recomendada por Pasteur para la destrucción del *bacillus anthracis*, nada puede contra el *bacterium* del carbunco.

El agua oxigenada, que se la emplea para poder distinguir los virus de elementos figurados, que destruye, de los virus amorfos que deja intactos, ha sido inútil para la muerte del *bacterium* carbuncoso. Usada á 10, 13 y 15 volúmenes de oxígeno, y dejándola de 4 á 86 horas en presencia de un virus encerrado en un tubo, los resultados han sido siempre negativos y ha muerto al conejo de India que se ha inoculado.

El hidrógeno sulfurado, que M. de Froschauer le ha reconocido la propiedad de detener el desarrollo de algunos criptógamas, y que por inducción M. Zundel ha propuesto para el tratamiento del carbunco del bacterio, no ejerce acción alguna sobre su virus. El sublimado corrosivo, es anti-virulento, hasta una solución de 1 por 5.000.

El nitrato de plata lo es á una solución de 1 por 100; á 1 por 5.000, sus resultados no son seguros, y á 1 por 10.000 es impotente.

El ácido salicílico es activo hasta la solución de 1 por 1.000, y es impotente á la de 2 por 4.000.

El thimol y el eucalipto son muy eficaces á la solución de 1 por 800.

El ácido fénico es eficaz al 2 por 100;

pero como el ácido salicílico á una solución de 1 por 1.000 necesita estar cuando menos en contacto con el virus fresco por espacio de 8 horas y de 15 á 20 horas cuando obre sobre el virus desecado.

El ácido fénico, pues, es un antiséptico seguro hasta la solución del 4 por 100; pero cuando se disuelve en alcohol, ya se emplee en soluciones del 2 por 100, ya se las concentre hasta saturación, no obra sobre el microbio. M. Koch ha observado un hecho análogo en otros virus de esporos.

Por nuestra parte, en nuestra pobre práctica de veterinario de pueblo, hemos adquirido una fé ciega en la potencia antiséptica del ácido fénico puro ó emulsionado en el agua, para las enfermedades carbuncosas, y sin creer preciso en este momento consignar las mil razones prácticas en que fundamos nuestra fé, vamos á indicar un solo hecho, para nosotros el más importante. Hace poco tiempo, que examinando en el microscopio una pulpa carbuncosa que habíamos confeccionado con agua y una pequeña porción de bazo de una cabra que había muerto de *fiebre carbuncosa*, por la inoculación del *virus carbuncoso mortal*, preparado por M. Pasteur, nos clavamos inadvertidamente en el dedo índice de la mano izquierda una aguja impregnada de aquel líquido. Gracias, sin duda, á que la aguja había estado antes sumergida en una emulsión de ácido fénico y agua, aquella involuntaria inoculación de un virus, extremadamente peligroso por el gran número de bacterias que contenía, no nos ocasionó consecuencia alguna.

Todos estos resultados nos conducen naturalmente al último término á que han de llegar para su complemento, es decir, á buscar la razón del por qué, que solo lo hemos de encontrar en la experimentación concienzuda y detenida.

Se presenta en primer término una cuestión importante. ¿La propiedad virulenta está ligada á los movimientos de los microbios? Y que esta cuestión tiene interés en estos momentos, sobre todo para nosotros, lo dice bien el que la existencia ó falta de estos movimientos es el punto capital de la empeñada lucha que sostienen los doctores Letamendi y Olavide. Veamos, pues, lo que sobre esto dicen los tres expertos experimentado-

res, cuyos trabajos vamos dando á conocer.

Cuando se examinan los líquidos que contienen microbios, se les vé á éstos dotados de una movilidad extrema; se revuelven sobre si mismos, presentándose unas veces por una extremidad y otras por otras, se hunden y se levantan en la superficie del líquido.

Si se consideran estos movimientos como espontáneos, y se les asimila á los de los *zoósporos*, cabe preguntar si la movilidad de estos cuerpos proto-plásmicos va unida á sus propiedades nocivas, y si la destrucción de éstas entraña la debilidad de aquellas. Para resolver esta cuestión se han buscado sustancias cuyos vapores no ejerzan una acción corrosiva y destructora de los bacterios, pero que debilitarán sus propiedades virulentas. Sirven para esto las esencias de thimol y eucaliptus, porque, puesto en contacto con sus vapores por espacio de 48 horas, el virus fresco se hace inofensivo y su inoculación no da resultado alguno; y no obstante los microbios están dotados de su movilidad normal y se agitan como de ordinario dentro el líquido que los contiene; sus formas no se alteran y conservan todas sus propiedades menos la venenosa. Si se somete este virus á la evaporación, de modo que se desprenda el thimol ó el eucaliptus y se inocula despues, persiste inactivo. De aquí se deduce que la movilidad y la virulencia no están estrechamente unidas, y que esta se debilita antes que desaparezca aquella.

Viene despues la distinta virulencia que á las causas de destrucción oponen el virus fresco y el virus seco, que sea tal vez debida á que este está constituido por esporos, cuya vitalidad es superior al del *micelium*, que constituye casi únicamente al primero. Así se ha explicado para el *bacillus antracis* y se ha probado en ciertos hongos.

Por otra parte, cuando se examina con el microscopio el virus fresco del bacterio, al lado de los bacterios sin núcleo, se ven gran número de nucleados en una ó en dos extremidades, y corpúsculos libres en abundancia; y ya se consideren estos núcleos como esporos, como gotitas oleosas que Koch llama corpúsculos ó células durables, si se les sumerge durante dos minutos en el agua

hirviendo, ya estén libres ó enclavados en el micelium productor, quedarán destruidos, mientras que, si el virus ha sido desecado, adquiere tal resistencia, que para conseguir su destruccion completa se hace precisa la accion continuada del calor del agua hirviendo por espacio de dos horas. ¿Sucede esto en el primer caso, porque el microbio está en vías de desarrollo? ¿Es más bien porque, expulsados del organismo en que evolucionan fácilmente, desecados y colocados en un sitio menos favorable, se han adaptado á nuevas condiciones, y han adquirido la potencia necesaria para la perpetuidad de la especie? ¿Será, por fin, porque al desecarse se habrán concentrado, haciendo difícil la penetracion y ataque del agua, y demás sustancias antisépticas? Son cuestiones que han de resolverse.

Otro hecho no menos importante es la desproporcion que existe entre las propiedades cáusticas de una sustancia, y sus efectos sobre los bacterios. El cloruro de zinc, por ejemplo, que aplicado sobre los tejidos de los séres superiores los corroe y desorganiza, no tiene accion sobre el microbio carbuncoso, ó simplemente los atenúa, si el contacto es suficientemente prolongado; un virus, dejado durante 48 horas en una solucion al 1 por 100 de esta sustancia, no ha hecho perder su actividad al microbio, porque, inoculado, ha contagiado la enfermedad. Por el contrario, algunas sustancias de origen vegetal, tales como el thimol y el eucaliptus, que se olfatean con placer y que no atacan ó atacan de una manera insignificante los tejidos, matan pronto el contagio del carbunco.

De todo esto se deduce, que no podemos hacer aplicaciones obsolutas en los séres inferiores de lo que se observa en los animales de la escala superior, como no pueden hacerse tampoco aun tratándose, por ejemplo, de microbios entre sí. La experimentacion diaria nos enseña, que mientras unos viven holgados en una solucion de ácido salicílico ó de ácido arsenioso, otros mueren á poco de estar en contacto con ellas; el ácido sulfuroso que destruye rápidamente el fermento de la septicemia gangrenosa del hombre, respeta en absoluto al carbunco sintomático. Si este hecho queda probado con un sin número de pruebas ex-

perimentales, ¿cómo puede nadie, con claro criterio científico, aplicar á la destruccion del microbio del cólera morbo, por ejemplo, los mismos agentes, los mismos procedimientos que se han empleado para destruir los *bibriones de la putrefaccion*, el *bacteridio carbuncoso*, por la sola razon de haberse obtenido en estos buenos resultados? No, la vida de los pequeños séres está tan oculta en caprichosas manifestaciones, son tan variadas las leyes que rijen á cada uno de ellos, que en el estado actual de los conocimientos humanos no cabe más que acudir á la especializacion de medios de destruccion para cada una de las especies y comprobar su eficacia por repetidas pruebas experimentales, si hemos de librarnos de los ataques de tan traidores enemigos y no hemos de presenciar el doloroso espectáculo que, con motivo del cólera, se representa hoy en nuestra desgraciada España, que no parece sino que dejando el microbio sus instintos naturales de emponzoñar nuestros líquidos digestivos, se nos ha subido á la cabeza para destruir el cerebro de todos.

¿Tiene el microbio del cólera condiciones de vida y de resistencia distintas á los demás bacterios? Indudablemente que sí; pero indudablemente estas no son de tal naturaleza que se hagan inaccesibles á los ataques del hombre. Si Koch ha arrancado, á fuerza de estudio, grandes secretos á su existencia, un Pasteur, un Bouley, un Letamendi, un Olavide pueden encontrar un antidoto seguro á su venenosa existencia.

Dejemos aparte los reparos de escuela y las exigencias de dignidad; aprovechemos los estudios y los experimentos de otros hombres y de otros hechos; no perdamos el tiempo en pruebas inútiles en medio de un público bullicioso y prevenido, que si en la solucion de los grandes problemas de la vida moral de los pueblos; si para el estudio de las afecciones más simples que castigan á la humanidad se necesita tiempo, y el retiro absoluto en el fondo del gabinete, del laboratorio y del hospital; con más razon ha de exigir estas condiciones el que pretenda buscar la verdad en afecciones en que juegan el principal papel séres tan infinitamente pequeños y caprichosos.

Hemos de terminar: los médicos de toda Europa se agitan hoy, cada uno en la esfera de su acción, para dotar á la humanidad de medios profilácticos y curativos que la libren de los extragos del cólera morbo. ¿En este heroico trabajo puede ayudar de algun modo la olvidada veterinaria? Creemos que sí: dada la semejanza relativa que existe entre los microbios que matan al hombre y los que acaban con nuestros animales domésticos, puede el veterinario, estudiando con asiduidad á estos, prestar eficaz auxilio para el estudio de aquellos, y si así no lo creen los que puedan aprovecharse de nuestros trabajos y se nos rechaza por inútiles, llevemos nuestra abnegacion hasta el sacrificio; seámos una vez más los hijos olvidados de esta sociedad mimada, que si en ello no alcanzamos una satisfaccion á nuestro orgullo de hombres, guardaremos oculta la tranquilidad de nuestra conciencia por el bien que á la humanidad entera habremos hecho.

JUAN ARDERIUS.

Figueras 25 de Setiembre de 1884.

## SECCION DEL CONGRESO.

La Asociación Científico-Veterinaria regional vascongada, se dirige al señor Ministro de Fomento, del siguiente modo:

Excmo. Sr. Ministro de Fomento.

«Excmo Sr.: La Asociación científico-veterinaria regional vascongada, tiene el alto honor de exponer á la consideracion de V. E. lo siguiente:

Que habiendo trascurrido algun tiempo desde la celebracion del Congreso nacional de Veterinaria, sin que hasta la fecha hayan dado fruto los acuerdos tomados en sus sesiones, esta corporacion juzga un deber llamar la atencion de V. E. sobre lo urgente que es dar carácter oficial á aquellas sábias decisiones encaminadas á engrandecer esta carrera, que es el más poderoso auxiliar de la Agricultura y tambien el fundamento en el que descansa la higiene de las naciones.

Que la ilustracion de la inmensa mayoría de los veterinarios españoles, por más que fatigue nuestro ánimo el decirlo, no sea la más perfecta, es una verdad por todos conocida y que V. E. comprenderá instantáneamente con solo tener á la vista que la carrera veterinaria en nuestro país carece de aquellos elementos docentes de que gozan todos los países civilizados, teniendo además graves defectos en la organizacion de los estudios y una preparacion deficiente y pobre para el ingreso, lo que es motivo fundamental para que el veterinario no aparezca como individuo de un cuerpo científico que necesita alcanzar mayor importancia en la grave cuestion de sus estudios.

La falta de preparacion hace que los conocimientos científicos caigan siempre en quien no está preparado para recibirlos, de lo que V. E., con su esclarecido talento, deducirá cuáles sean los resultados funestos de semejante sistema, y al mismo tiempo por qué con tanto afán pedimos una resolucion pronta y terminante en favor de lo expuesto por la veterinaria reunida en su Congreso nacional.

Deseamos, pues, se traduzca en concepto legal, todo aquello que con singular elocuencia se aprobó en el Congreso nacional y se ha repetido en muchas y bien escritas exposiciones de sociedades científicas y profesores particulares, así como por la parte más sensata de la prensa profesional.

Esta sociedad se atreve á exponer á V. E., que tambien piensan así los agricultores y ganaderos, y España misma interesada en conservar y sostener la salud pública, confiada en gran parte á la inteligencia de los que se dedican á la inspeccion de sustancias alimenticias, cuya impericia da lugar á tantas y tan funestas enfermedades.

Esperando de V. E. no desatienda las

razones expuestas, y confiados en el celo que siempre le ha distinguido,

SUPPLICAMOS á V. E. se sirva disponer que el título de Bachiller sea obligatorio para el ingreso en la carrera de veterinaria.

Gracia que no dudamos alcanzar de la reconocida ilustración de V. E. y del buen deseo que le anima por el bien de sus administrados.

Dios guarde á V. E. muchos años. Amurrio 30 de Setiembre de 1884.—Excelentísimo señor: El Presidente de la Asociación por sí, y en nombre de sus compañeros.—*Fermin Galindez.*

## SECCION CIENTÍFICA.

### Ensayos sobre la trasmision de la sífilis al cerdo.

(Conclusion.)

#### TERCERA SÉRIE DE EXPERIENCIAS.

##### *Inoculacion de la sífilis en dos cerdas.*

Elegidas dos hembras de raza inglesa de Yorkshire que habian sido cubiertas en el dia 4 de Octubre de 1882, y que se encontraban en el dia 38 de su gestacion ó sea la tercera parte de la duracion total, que creemos es de 114 dias muy próximamente.

En 13 de Noviembre de 1882, se hizo una incision en la parte interna del muslo izquierdo de las cochinitas, señaladas con los números 1 y 2, haciendo una especie de saco en donde pudiera depositarse un trozo de condiloma sífilítico, recogido de la enferma Antonieta N., que sirvió para la inoculacion del cerdito C. en nuestras segundas experiencias.

La incision se cerró con dos puntos de sutura metálica.

Al dia siguiente de la inoculacion, nada aparecia de extraño ni alrededor de los puntos infestados, ni en el resto del cuerpo.

Las hembras siguen perfectamente en los trámites naturales de la gestacion, y paren la primera á los 114 dias, y la segunda en la noche 114, y la tercera á los 115.

La cochinita núm. 2 ha parido ocho cochinitos muy vigorosos, á los que lactó durante seis semanas, continuando los animales en su natural desarrollo. Conservados dentro del establo durante siete meses, no han presentado la menor molestia, ni indicios de manifestaciones sífilíticas, lo mismo que la madre que estuvo en observacion hasta Noviembre del 83, es decir, un año despues de haberse inoculado.

La cerda núm. 1 parió seis cochinitos, que en el momento de su nacimiento aparecian en buen estado de desarrollo; pero la madre fué tan mala criadora y tan falta de leche, que tres de los cochinitos murieron de hambre en la primera semana. Lactados por una vaca las tres restantes, siguieron viviendo con un regular desarrollo. Terminada la lactancia, los animalitos se condujeron junto á la cerda núm. 2, en el mismo local en que esta se encontraba, sin que se hubiera notado la menor alteracion que pudiera dar á entender la existencia de alguna infeccion sífilítica. La autopsia de los cochinitos muertos de hambre, acusa una completa decoloracion de las mucosas, pero no manifiestan lesion alguna especifica.

La falta de secrecion láctea de la primera hembra, ¿debió atribuirse á la inoculacion sífilítica?

En realidad no podria establecerse por este concepto una regla general, pues la segunda hembra no ha presentado sintoma alguno, á pesar de hallarse en las mismas condiciones. Pero de todas maneras esta circunstancia no debe de olvidarse.

La hembra primera fué dedicada á la reproduccion, y en fin de Setiembre de

1883, comenzó una gestacion normal y parió ocho cochinitos al tiempo normal y de un modo perfecto: uno de los animalillos nació muerto, á pesar de que esto es muy raro en las hembras multiparas.

Los otros en un estado de gran robustez, acudieron inmediatamente á las mamas de su madre, manifestando un especial desarrollo.

En el momento que escribimos estas líneas, podemos asegurar que estos cerditos, lo mismo que su madre, no presentan ni el más insignificante motivo para que pueda suponerse en ellos la existencia de la sífilis.

#### Cuarta serie de experiencias.

##### Cultura y trasmision del virus sifilitico.

La dificultad mayor para establecer un sistema, es la de encontrar el líquido propio para este experimento, y fijándonos en que las placas mucosas son muy frecuentes en el prepucio, lo mismo que en los grandes y pequeños labios de la vulva, en donde es tan general la fimosis, hemos pensado en emplear la orina valiéndonos de este producto fisiológico, como medio de cultura, el más favorable de todos y aún mejor que el caldo tan usado para estos experimentos.

El 6 de Noviembre de 1882, tres tubos de Pasteur, previamente esterilizados, recibieron como elemento de cultura cierta cantidad de orina de una mujer no sifilitica. Esta orina se habia esterilizado tambien por una ebullicion prolongada.

A dos de estos tubos se les añadió una gota de sangre tomada del centro de un condiloma sifilitico de una enferma de Chazeaux, habiéndose lavado previamente la superficie del condiloma y el bisturi con el agua esterilizada. Lo mismo estos que el tercer tubo, se colocaron

en tiempo oportuno en una estufa, calentada á 32°, apareciendo á la mañana siguiente los primeros turbios y sedimentosos, y el último de una limpidez y transparencia cristalina.

El 10 de Noviembre se abrió uno de los tubos mencionados, sobre el que se hizo un exámen microscópico, encontrando una cantidad de granulaciones muy brillantes, poco móviles, aisladas en su mayor parte y agrupadas en número de dos ó tres, formando pequeñas elevaciones, indicando una granulacion muy activa.

En el exámen de una gota de orina tomada del último tubo, no aparece granulacion alguna, sino solamente ciertas ligeras masas de células epiteliales.

Habiamos descubierto el microbio específico, el agente de prolongacion de la sífilis, ¿ó estas granulaciones son extrañas á esta enfermedad?

Si poseyéramos un animal que pudiera servir de reactivo ó que estuviera dotado de cierta receptividad, la cuestión quedaria resuelta en seguida; pero no hemos podido salir del círculo de experimentos que en otro tiempo hicimos guiados por el eminente profesor Peuch.

Véase el procedimiento indicado en las inoculaciones siguientes:

Dos cochinitos fueron inoculados con dos gotas de orina tomadas de un tubo, en el que existia el líquido del cultivo; otro hermano de los anteriores con orina simple. El último no presentaba al otro dia de la operacion ni la más leve señal infecciosa. Los dos primeros una nudosidad sin aureola inflamatoria, que aumenta progresiva y lentamente de volumen hasta llegar al de una nuececilla.

Una de estas nudosidades, incindida 16 dias despues de la inoculacion, arrojó un pus igual al de cualquier abceso simple, y la cicatrizacion se verificó con gran rapidez, de tal modo, que el vigési-

mo día nada se notaba en el punto inoculado.

Mes y medio despues de la inoculación, la nudosidad del otro cochinillo se habia reabsorbido completamente, sin que se notara, á pesar de la minuciosa observacion verificada en unos y otros, la más leve alteracion en los órganos genitales, en las glándulas inguinales, así como accidente alguno sifilitico.

En resúmen; el cerdo es refractario á la sífilis, sin poder ser, por lo tanto, un elemento de atenuacion de sus virus. Veremos siguiendo la série de experimentos que nos hemos propuesto hacer, si se halla en las mismas condiciones con relacion al cólera, el tifus y otras enfermedades que diezman á la humanidad.

### HISTORIA CLÍNICA.

**Caso de carbunco en la region inguinal de un toro, terminado por la curacion.**

El día 3 de Julio de 1883, fuí llamado por D. Francisco Perez, vecino de esta villa, para que fuese á visitar á un animal enfermo que tenia en un cortijo, á dos kilómetros de distancia.

Monté á caballo y me trasladé á dicha posesion, donde me presentaron un toro de cuatro años, retinto, de siete cuartas de alzada, temperamento sanguíneo, en buen estado de carnes y destinado al trabajo y á la reproduccion.

Se me manifestó por los criados que hacia dos dias estaba el animal triste é inapetente, y que cojeaba cuando se le hacia andar, sin que se supiera la causa de la enfermedad.

La res se encontraba en un corralon, y mandé que se la hiciese mover, observando, desde luego, una claudicacion en la extremidad abdominal izquierda. Para hacer un reconocimiento en debida forma, se condujo al animal al establo, y se ató convenientemente. Procedí á su reconocimiento, y observé una tempera-

tura alta, pulso acelerado, orejas caidas, estas y los cuernos frios, cabeza baja, y procuraba echarse; los síntomas locales, indicados por la cojera, me hicieron examinar el miembro ya citado, y al levantar la extremidad, noté un tumor bastante voluminoso en la region inguinal.

Al tacto aparecía duro y adherente, con calor y dolor, hallándose los tejidos inmediatos algun tanto edematosos. Como no habia herida ni señal alguna que supusiera una causa traumática, y como en el centro del tumor aparecian unas vejiguitas que fluian alguna serosidad de mal olor, diagnosticué un tumor de carácter gangrenoso, ó sea un carbunco.

El pronóstico fué reservado.

*Tratamiento.*—Mandé preparar cuerdas, una buena cama de paja, y ordené se me trajeran los cauterios para proceder á sajar y cauterizar el tumor como el mejor procedimiento quirúrgico para evitar la propagacion del mal é infeccion de la sangre.

Trascurrieron dos horas hasta preparar los instrumentos, medios de sujecion, aguardiente, estopas y demás agentes precisos para la operacion, y cuando todo estuvo dispuesto, se tendió el animal, lo reconocí más minuciosamente, y no cabiéndome duda respecto á la exactitud del diagnóstico, cogí el bisturí y practiqué cinco sajas profundas en el espesor del tumor, de las que fluia poca sangre, presentando los tejidos un color lívido característico de la gangrena. En cada una de las sajas introduje los cauterios cuchillares hasta formar una escara de algun espesor, apliqué despues la untura fuerte, y se levantó el animal, llevándosele al establo, donde se le dejó enmantado y en completo reposo, dándosele como alimento el agua con harina, y me despedí, mandando darle por la mañana y tarde una infusion de vino con quina y genciana.

El día 6 de Julio, ó sea el tercero de la operacion, volví á hacerle la visita, y se habia establecido en las sajas la supuracion consiguiente. El animal estaba algo alegre, el pulso más regular y la temperatura casi normal.

En este dia hubo necesidad de volver á tender el toro para curarle, lo que se verificó lavando previamente con agua de malvas las heridas, y se aplicó la estopa picada con el digestivo animado para favorecer el desprendimiento de las escaras. Como alimento le dispuse unas gachuelas de harina, el agua en blanco, y encargué que se le tuviera en quietud, ordenando se continuase con la bebida antiséptica, y me avisaran si ocurría algo de extraordinario.

El día 9 las escaras se habian desprendido en parte, el tumor habia disminuido considerablemente; la res estaba alegre y manifestando deseos de comer; se curaron las heridas con las estopas y el digestivo, y ordené se le diese dos medios piensos de yeros triturados, mezclados con alguna poca de paja.

El día 12, las heridas estaban en plena cicatrizacion, se continúa la cura y régimen alimenticio mencionado, y en cargo al operador hacer la cura como yo la habia ejecutado en los dias anteriores, y no volví hasta el 25.

El toro marcha bien, está alegre, aunque las heridas no han cicatrizado por completo; se le somete al régimen ordinario de alimentacion, y mando que no se obligue al toro á ningun género de trabajo, hasta que yo no le vuelva á ver.

El día 15 de Agosto le hice la última visita, encontrándole perfectamente curado, y el día 19 empezó á trabajar en las faenas del campo, en las que continúa con la robustez acostumbrada.

Pedro Abad, 19 de Abril.

Antonio Ignacio Garcia.

#### SECCION ESPECIAL DE INTRUSOS.

Hay un pueblo en la provincia de Granada llamado Capileira, en donde campea solo un intruso que se denomina José Correa. Este elemento de perturbacion y ruina para la clase veterinaria, vive allí tranquilamente sin que la autoridad ataje en lo más mínimo la verdadera agresion que comete contra los intereses de los profesores. Muy cerca de él ejerce sin título un tal Vicente Rodríguez, sin que se pueda averiguar por qué misterio, estando Cañas, punto de su residencia, tan cerca de Orgiva en donde habita el subdelegado D. José Arenas, éste funcionario no ha denunciado al intruso. Haremos lo posible por saberlo, y sea cualquiera la razon, se la comunicaremos á nuestros lectores.

Nuestro particular amigo y eminente profesor de Cervera, D. Rafael Cornado, nos ha enviado una larga y expresiva carta, en la que con singular gracejo describe los disparates que cometen los intrusos en aquella comarca. En la imposibilidad de copiarla íntegra á causa del exceso de original, tomaremos algunos de sus interesantes párrafos:

«... poco tiempo hace murió un intruso á quien se le podia llamar *cirujano-veterinario*, pues indistintamente curaba á la especie humana y á los animales, empleando para todas las dolencias una bizma; pero héte aquí que al bajar al sepulcro, dejó contagiado á un tal Juan Piferret, que pone bizmas á todo bicho viviente que se le ponga delante.

Otro zángano, llamado Comorera, hace la competencia al anterior con un medicamento más barato, que se reduce á decir una parodia de una oracion impía y grosera.

Otro *microbio*, contiene, con cierta medalla mugrienta, las más activas he-

morragias, seguü él mismo asegura con imperturbable serenidad.

En Grañeme, el célebre Franet, cura los carbuncos con ardor digno de mejor causa, pues no existiendo en esa zona la enfermedad carbuncosa, corta, saja y deshace con una navaja de afeitar cuanto tumor encuentra en su camino, sea de la especie que sea.

En Prats del Rey y en F6, hay dos notabilidades intrusas, pero estos se dedican al arte de Galeno.

Su terapéutica se reduce á poca cosa: sabiendo el nombre del paciente, se meten en un cuarto que esté completamente á oscuras; de aquella meditacion á que se dedican sale formado el *diagnóstico* y el *pronóstico* que siempre es favorable. Tras de aquellos momentos de iluminacion, toman un palomo y lo colocan abierto sobre la cabeza ó sobre el pecho, encargando se tenga en su lugar correspondiente por espacio de tres dias, á cuyo término encuentra la salud el paciente y hay que lavarlo con más aguas que llenan el Océano, si se ha de tratar de cerca con cualquier persona medianamente escrupulosa.

Parece mentira, Sr. Espejo, que esto suceda en ésta época; pero no me espanta si se atiende al sinnúmero de necedades que cometen algunos que no son intrusos.....»

Reciba nuestro compañero las gracias que esta redaccion le da, y sepa que queda consignado su nombre en la lista de los que han de optar gratuitamente en esta próxima Pascua al *Diccionario general de Veterinaria* que escribe y publica nuestro querido director.

---

### MISCELÁNEAS.

La *Biblioteca Enciclopédica Popular ilustrada*, que publica el inteligente y laborioso editor D. Gregorio Estrada, se

ha aumentado con el volumen 78, titulado *Comunidades, Germanias y Asonadas*, y escrito por el distinguido literato D. Eusebio Martinez y Velasco, autor de otros cinco volúmenes de la Seccion de Historia, que tan merecido éxito han logrado entre los numerosos suscritores de dicha *Biblioteca*.

Estelibro, como todos los de la *Biblioteca*, forma un tomo de 240 páginas en 8.º, con buen papel y letra clara, que hace su lectura fácilmente cómoda.

Recomendamos la *Biblioteca* á nuestros suscritores por su utilidad y baratura, á la que se suscribe en la Administracion, calle del Doctor Fourquet, núm. 7, Madrid, y solo cuesta una peseta en rústica por suscripcion, y 1,50 encuadernado en tela.

---

## ÚLTIMA HORA.

Segun el dictámen de cierta Facultad de Medicina, la clase Veterinaria está amenazada de perder la inspeccion de sustancias alimenticias.

Veremos si la Junta central de la Liga empieza sus trabajos con toda la energia que se le reconoce á sus hombres, defendiendo á esta combatida clase de tan continuados ataques.

Por nuestra parte, y como órgano de ella, que se ha propuesto defender sus sagrados intereses, seguiremos sustentando aquellos principios mismos, que siempre y con igual entusiasmo hemos sostenido.

---

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE M. MINUESSA,  
calle de Juanelo, 19.